

LOS REFUGIADOS ESPAÑOLES BAJO LA OCUPACIÓN ALEMANA

Spanish Refugees Under German Occupation

Gerhard Hoffmann
gerhard.hoffmann@kabsi.at

Era en pleno tiempo de ocupación, en 1942, cuando en un rincón de la Dordogne francesa di clases de alemán a los hijos del campesino de la casa vecina. En las notas que conservo de aquel cursillo leo ejercicios con frases como esta:

«Cuando termine la guerra, franceses y alemanes van a vivir juntos pacíficamente en una Europa sin guerras».

Este era el ambiente en el cual me había criado yo, ambiente de profundo repudio al chauvinismo, de rechazo del militarismo que nos había hundido en esa terrible Primera Guerra Mundial cuyas consecuencias habían oscurecido toda mi juventud.

No era fácil, sin embargo, defender una tesis internacionalista ante los hechos que de día en día sucedían alrededor nuestro: secuestros, matanzas, detenciones, deportaciones, con toda la arrogancia del vencedor en cuyas manos tenía un poder arbitrario e incontrolado.

Pero la mayoría de los españoles republicanos, que eran mis compañeros de trabajo, no compartía el odio antialemán de los franceses: como refugiados habían vivido sus propias experiencias con esta «FRANCIA HOSPITALARIA», que no siempre eran gratas, mientras todavía ignoraban Mauthausen, Dachau y los demás «logros» de la Gran Alemania.

Esos hombres y mujeres escapados tras la derrota de la República se vieron en un dilema: por un lado no podían olvidarse del nefasto papel que la Alemania nazi había desempeñado en la Guerra Civil española, como vanguardia del fascismo internacional; por el otro, consideraron un justo castigo la desgracia que había caído sobre esa Francia que los había abandonado en sus propios apuros.

A pesar de esos recelos no hay duda de que la conciencia política prevalecía, y eran poquísimos los españoles que se habían metido en el lado del invasor alemán, mientras que eran muchos los que lo combatían junto con sus compañeros franceses. Los seis mil españoles muertos en Mauthausen son un trágico testimonio de los sacrificios sufridos y de su espíritu combativo antifascista.

Allá por los años 1941-1942, corría por el sur de Francia un misterioso personaje mandado por alguno u otro servicio alemán al que sólo se le conocía como «Otto», quien rondaba la zona no-ocupada (la del Vichy de Petain) y solía reunir grupos de refugiados españoles para ganárselos como trabajadores voluntarios en Alemania. Este Otto parece que pasó algún tiempo en la España republicana y conocía muy bien la mentalidad de los refugiados. Les hablaba de su triste situación en que se encontraban; les recordaba los agravios sufridos en los campos, hasta evocaba los ideales de la República, pretendiendo que en la Alemania de Adolf Hitler iban a encontrar una mejor acogida que en esa Francia tan hostil a los extranjeros.

El señor Otto obtuvo poquísimos resultados. Los que se fueron a trabajar en el Westwall de la Organización Todt, lo hicieron presionados y trataron de escaparse tan pronto como se les ofreció la más mínima oportunidad. A la misma Alemania no iban sino llevados a la fuerza.

Eran tiempos difíciles para todos, más difíciles, sin embargo, para los españoles que carecían de recursos y se encontraban en un país extraño, cuyo idioma y cuya mentalidad la mayoría desconocía.

Al salir de los campos, en torno a los años 1940/1941, empezaban a gozar de una libertad relativa pero, por más que se independizaran, su manutención se convertía en algo muy dificultoso. Quien trabajaba la tierra era miserablemente pagado pero por lo menos comía; mientras, los que se fueron a trabajar al bosque tuvieron que mantenerse por su propia cuenta

con lo poco que ganaban cortando árboles, lo escaso que proporcionaban los tickets y lo caro que costaba aprovisionarse en el mercado negro.

Las mujeres trabajaban en el campo o bien como sirvientas en familias francesas; otros oficios no les eran permitidos. La vida de los republicanos españoles en esa Francia ocupada de los años cuarenta era austera y sin perspectivas.

Mis compañeros españoles trabajaban como braceros en las propiedades de la vecindad, todos dependientes de las Compañías de Trabajadores Extranjeros (*Compagnies de Travailleurs Étrangers*) y controlados por la gendarmería francesa; éramos pagados a razón de cuatro francos diarios (equivalentes al valor de un paquetito de tabaco), todos mal vestidos y alojados en miserables chozas o graneros.

En las tardes de domingo (hasta mediodía se solía trabajar) nos reuníamos o bien en el cuartito de un compañero o bien en el café de la ciudad. Esa ciudad nos parecía una pequeña París, y el café, el colmo del lujo burgués. Cuando, a los treinta años, volví a visitar Monpazier (que así se llamaba nuestro pequeño París), quedé sumamente decepcionado. Se me presentó un pueblo mediocre, el café anticuado y con los sillones de terciopelo ajados, las calles sucias, los escaparates cubiertos de polvo. Sin embargo, no eran frecuentes nuestras visitas al café, ya que con los cuatro francos diarios no alcanzábamos apenas para *une choupinne de vin blanc* ni mucho menos uno de aquellos pasteles que la panadera solía vender a escondidas.

En aquellos años yo me había casi olvidado de mi propia procedencia. Mi país, Austria, había desaparecido del mapa, mis condiscípulos, llamados a la *Wehrmacht*, de hecho, nuestros enemigos, y todos los contactos copados.

Mis compañeros españoles me consideraban como uno de ellos, me hablaban de su tierra y de sus familias. Sin disponer de ninguna gramática ni de profesor particular, el idioma que hablaba era el de mis compañeros, el de los labradores andaluces, el de los obreros de Valencia o el de los campesinos aragoneses, un lenguaje ciertamente sencillo con argots y jergonzas entremezclados, tal como lo oí cuando hablaban entre ellos. Sentados sobre el colchón en el modesto alojamiento de un compañero, comentábamos los vaivenes de esa guerra que corría al margen de nuestras vidas.

No había ni uno que no se hubiese solidarizado con la causa de los aliados y todos anhelábamos contribuir de cualquier forma a su triunfo. A partir del comienzo de la guerra en el este, todos presenciábamos las derrotas y las victorias soviéticas. Aquella era la continuación de «nuestra» guerra, ¿qué duda cabía? Todos éramos perfectamente conscientes de que allá, en los campos de batalla de la lejana Rusia, también se jugaba nuestra propia suerte, el futuro de España y del mundo.

En esos momentos, poco contaba la afiliación política de cada cual. Las divergencias que tanto daño habían causado a la causa republicana en España habían desaparecido: todos sabíamos que con la victoria del ejército soviético ganaría la República española; con la derrota de los soviets se esfumarían las esperanzas de resucitar la República.

Gracias a esas reuniones dominicales logré conocer una España que al turista común se le suele escapar. Recuerdo un muchacho jornalero andaluz y analfabeto con quien simpatizaba mucho; durante nuestras tertulias me solía narrar las largas jornadas de trabajo en aquel fértil suelo de su tierra natal, donde, para estar preparado ante eventuales defectos del arado, había que llevar una piedra en el bolsillo. ¡Vaya tierra esa en la que escasean las piedras en las tierras y los hombres quedan hambrientos! No era fácil para mí formarme una idea de la pobreza y del atraso de aquella España donde se habían criado mis amigos.

Yo era oriundo de una zona en donde el analfabetismo había desaparecido hace muchas generaciones (la enseñanza obligatoria fue decretada por la emperatriz María Teresa en el siglo XVIII) y me pareció absurdo que un hombre adulto no supiera leer ni escribir pero, al mismo tiempo, me sorprendió la viva inteligencia de esos analfabetos.

El lugar en que yo trabajaba era una vasta propiedad feudal dominada por un castillo cuyos dueños eran los condes de X, de antigua familia perigordina, señores feudales a la vieja usanza, como si 1789 no hubiese nunca acaecido. Conmigo había llegado Luis R., un nervudo campesino aragonés, vivaz y trabajador, del cual aprendí las faenas del campo y a cantar las coplas de su tierra. Recuerdo aquella que dice así:

*Por la mañana, muy tempranito
Me voy al pueblo, con el hacito.
¿Qué trabajo nos manda el señor?
Agacharse y volverse a agachar...*

Luis era una fuente inagotable de sabiduría. Yo me había criado en una familia burguesa bien acomodada y desconocía la vida rural; apenas sabía diferenciar vaca y toro, del arado sabía por un romance clásico alemán: me pareció absurdo levantarme con el sol y pasar el día agachado para arrancar la mala hierba. Luis me enseñó sin nunca hacer alarde de su saber. En vano intenté convencerle de que mientras más trabajábamos, mayor resultaba la explotación. Mientras yo me escabullí de la faena cuanto pude, Luis sencillamente no era capaz de quedar parado habiendo faena.

Cuando íbamos juntos al campo, él trabajaba a lo largo de todo el día, hubiera un sol sofocante o una lluvia que empapaba, de manera que yo tampoco podía quedar atrás.

Luis me enseñó a ordeñar, a arar, a sacar los topinambures del suelo fangoso y casi helado, a curar a la yegua moribunda y a atar el yugo a una pareja de bueyes. Me mostró cómo capturar conejos salvajes y me explicó los nombres de las herramientas en español. No me ha servido mucho en lo sucesivo conocer lo que son el biello, la azada, la guadaña, la hoz, la horquilla; pero tampoco me ha hecho daño el saberlo.

Durante los años siguientes, Luis se integró plenamente en la familia condal, los salvó de la rabia de los maquis en el momento de la Liberación y, al terminar la guerra, se convirtió en capataz de la propiedad. Cuando visité el lugar años más tarde, cuando la pesadilla hacía mucho que había pasado, Luis ya disfrutaba su tranquila vida de retirado en la ciudad vecina.

Mi estancia en el Castillo de M. tuvo lugar en los años 1941 y 1942, en una época sin sobresaltos en aquel rincón apartado, cuando se trataba simplemente de sobrevivir de cualquier manera. Desde allí me trasladé hacia el centro de Francia con una familia española cuya hija mayor al poco tiempo se convirtió en mi novia. Para ganarse la vida, ella y su hermana se vieron obligadas a trabajar en el *Soldatenheim* de la *Wehrmacht*, y yo, de carpintero en el cuartel alemán.

Al empezar el año 1943, cuando la gloria de la invencible *Wehrmacht* se estaba esfumando y Mussolini fue derrocado, volvimos a tomar coraje, y por aquí y por allá empezaron a formarse núcleos de resistencia. Entre los primeros grupos de guerrilleros hallamos nuevamente a los menospreciados

españoles que organizaban sus propios grupos de resistencia, muchos aportando sus experiencias militares y sirviendo de instructores al maquis. Mucho se ha escrito sobre la actuación de la guerrilla española en la Liberación de Francia. Yo la he viví en las cercanías de la pequeña ciudad de Romorantin, a orillas del río Cher. Allí vivimos modestamente todo 1943, trabajando cada cual como pudo para ganarse la vida.

A principios de 1943 ya se había formado una bien organizada red de resistencia española. Debido a mi conocimiento del idioma de los ocupantes, se me encargó introducirme en el cuartel alemán como carpintero e infiltrar material de propaganda antinazi. En los primeros meses de aquel año logré reunir un pequeño grupo de reclutas de procedencia austríaca que solían aprovechar los pocos momentos de descanso en las letrinas enfrente de mi taller para escuchar mis susurrados informes sobre la inminente derrota del *Reich* y mis consejos sobre cómo resistir mejor las órdenes arbitrarias de los oficiales. Ésa era una empresa suicida, pues la Gestapo tenía sus espías en todas partes, pero en aquel momento ya se olía el fin del aquelarre. ¿Qué importaba una muerte más o menos, aunque fuese la propia?

Al acercarse los americanos, a mediados de agosto de 1944, los alemanes se fueron, y con ellos, esos pobres chicos reclutados por la *Wehrmacht* que no tuvieron el coraje de desertar.

En la ciudad liberada se juntaron los españoles, resueltos a emprender el camino del regreso a su ansiada patria. Mis compañeros se movieron lentamente hacia los Pirineos. En aquel verano de 1944 todos anticipamos el inminente fin de la guerra. Para los españoles esto significaba, nadie lo dudaba entonces, el final de la dictadura franquista y la vuelta de los exiliados.

Para mí se abría el camino hacia mi propio país liberado, o por lo menos, eso creía cuando emprendí el camino hacia el norte. Sin embargo, tanto yo como mis amigos españoles quedamos bien decepcionados: Austria tuvo que esperar ocho meses más; ocho largos meses de una guerra total que dejó las ciudades en ruinas y costó millares de vidas humanas.

¿Y España? Franco siguió otros largos treinta años en el poder. Los jóvenes exiliados que se habían acercado a la frontera en agosto y septiembre de 1944 ya eran ancianos cuando al fin pudieron regresar a la anhelada patria.